



REDACCION Y ADMINISTRACION:  
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

SATÍRICO Y LITERARIO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:  
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero.)

Año III.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA  
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,  
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....\$ 25

Habana 11 de Agosto de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION EN INTERIOR.  
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75  
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....\$ 30

Núm. 32

#### SUMARIO:

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Un camelo monumental, por Juan Cualquiera.—Frituras, por Juan de Juanes.—Una chupada reparacion, por Juan Palomo.—Galería de señoras, por Eusebio Blasco.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Juan Sustituto; de Puerto Rico, por Juanito.—Sartenazos.—Geroglífico.—Advertencias.

CARICATURAS.—Por Don Junípero.

#### ME NESTRA SEMANA L.



omezon siento hoy de escribir dos sainetes.

Tengo argumento, personajes, tiempo de bra y dinero para tinta. Animo, pues; haré el ensayo, y veremos si me puedo presentar al público ilustrado como un don Ramon de la Cruz recién nacido.

Primer sainete. El tea ro representa la cubierta de un buque: maderos por aquí, cadenas por allá, pipas de aguardiente por todos lados; eso sí, muchas pipas, y borrachos tendidos en todas direcciones

El capitan es un hombre alto, seco y mal encariado, que visto desde lejos parece un capitan de bandidos y desde cerca lo es.

El barba quiere darse un aire de importancia que no le sienta bien. Hace demostraciones como para intimidar al capitan, pero se sonrie al mismo tiempo, ocultando su sonrisa con un pelo del bigote, y le guiña el ojo. (Al capitan, no al pelo del bigote).

La característica se llama doña Justicia y tiene que salir pintada de modo que parezca una vieja yankee. Su traje muy sencillo: en camisa y unas alforjas de gran tamaño al hombro para ir metiendo el dinero que le den.

Se adelanta hácia la concha del apuntador y dice unos cuantos versos, para probar al público y á las naciones extranjeras que el hombre que más dinero tiene es el más honrado, el más decente y el más caballero de todos, porque si nó, ¿á dónde iríamos á parar? ¿Sería posible constituir una sociedad donde se permitiera al pobre darse humos de hombre de bien?

El barba se sonrie y le dá un trago de aguardiente á la característica.

Aquí tiene que aplaudir el público por fuerza, ó no entiendo yo una palabra de efectos teatrales.

El capitan entre tanto escupe por el colmillo y está aprendiendo á esquilor borricos, para en todo parecer un jitano.

El barba se pica un poco, no sé si porque en es-

ta ocupacion del capitan cree ver una alusion, ó por otra cosa, y le aconseja á la característica que lo prenda.

La vieja le planta una mirada tan penetrante que parece un berbiquí, y le guiña el ojo izquierdo y la mitad del derecho, como si quisiera decirle:

—Hombre, pues si me pirro yo por esas cosas. El capitan tiene facha de no poseer ni una peseta; con que figúrese usted si tendré gana de prenderlo y de ajorcarlo, y de hacerlo picadillo, y de tirarlo á los perros. Pues si mismiticamente yo no haría otra cosa más que meter en la cárcel á todo el que no tenga pesetas!... ¡Bribonazos!

En seguida se vá acercando al capitan á pasitos cortos y dramáticos, como los que usa Norma cuando vá á matar á sus hijos, se pone en una facha alarmante, como la de Palomera cuando viste frac, y cogiendo al capitan por una pantorrilla, le dice:

—Date preso.

Otro aplauso nutridísimo, como los que el público de verano tributa á las piruetas de Torrecillas.

El capitan se quita la peluca, se limpia el sudor de la calva, y luego se enfurece, y desnudando la espalda, digo, la espada:

—Prenderme á mí, dice, que soy el héroe más robusto que han visto los tiempos y algunas gentes! Prender al que navega con su pendon correspondiente! ¿Dónde se ha visto eso? ¡Ya no hay clases! ¡Esto no se puede sufrir!

Y arroja la espada al mar.

Inmediatamente se esconde, para evitar que el dueño de cualquier establecimiento de baños le pida el precio del que se está dando la espada.

Y cae el telon.

Qué, ¿no me aplauden ustedes?

Pero qué me han de aplaudir, si acabo de ver que lo que he hecho es un plagio!

Sí, señor, el argumento de mi sainete es ni más ni ménos una cópia de los pasos que está siguiendo la cuestion del Pioneer.

Y hasta el último golpe de arrojar el capitan la espada al agua....!

Pero ¿á mí qué me importa? yo doy al mundo mi obra, ¿qué culpa tengo de que el capitan del Pioneer, y la Justicia, y el barba, que hace de gobierno, ó el gobierno, que hace de barba, parezcan personajes de sainete?

A mí qué?

#### Segundo sainete.

Decoracion de casa pobre, pero sucia: muchas telas de araña, mucho polvo, una espada colosal en un rincon, siete cucarachas y un hombre. Total de muebles, dos: la espada y su dueño.

¡Pero qué dueño!

Un hombre campechano y fresco, tan campechano como esos que le meten á uno los dedos en el bolsillo, le sacan hasta el último céntimo, lo dejan más pobre que las ratas y despues se rien.

Este personaje, que es el primer galan, mira la espada de soslayo, y cuenta en seguida, por los dedos, lo que le ha dado á ganar la susodicha es-

pada, sin que se haya visto jamás en el caso de usarla.

Entran en el cuarto varias personas,—un fardo de personas, no hay necesidad de contarlas—y proponen al primer galan el oro y el moro si coge la tizona, se embarca, y hace esto, lo otro y lo de más allá.

Acepta y cobra por adelantado las monedas.

Cuélgase la espada al cinto, se pone la gorra, coge un loro que tiene metido en una jálula, y se despide para el viaje.

Pero no bien lo dejan sólo, retrocede y escóndese debajo de su poca vergüenza, que es otro mueble que he olvidado citar al describir la escena.

Se presenta una vieja á cobrar una cuentecita atrasada.

—No está el amo, grita desde su escondite.

Y fingiendo la voz, le dice que le compre unos cuantos reales de verdolaga.

Cuando vuelve el grupo de personas aparece el primer galan, llevando en la mano la espada pintada de colorado con almazarron hasta el puño y cubierta la frente con una corona de inocente verdolaga.

—¡Viva! ¡viva!—gritos y bocados.

Aquí arrancará mi sainete el primer aplauso.

Esta escena se repite varias veces hasta que el fardo de personas se para á reflexionar.

—Este hombre no nos sirve de nada.

—Y nos perjudica.

—¡Fuera! ¡fuera!

Y se comen entre todos la verdolaga.

¡Cáspita! acabé el sainete, pero tambien e cue otro falta de originalidad.

El primer galan se parece á Ryan como un bribon á otro bribon.

Pero, digo como ántes, ¿á mí qué?

El sainete no es cópia de los asuntos de la Agencia Cubana, sino ésta es la que se ha empeñado en copiar escenas de sainete.

#### Concluyo.

¿Han leído ustedes la circular electoral del Gobierno?

Es un documento valiente: el más valiente de cuantos hemos visto de su género hasta ahora.

Si se cumple todo lo que allí se ofrece, aplaudiremos, no como el público de verano que aplaude los guiños y piruetas de mal gusto, sino como buenos españoles que se alegran de ver imperando la justicia y la buena administracion.

JUAN PALOMO.

#### UN CAMELO MONUMENTAL.

Acaba de entrar la caricatura en los monumentos que los pueblos levantan para conmemorar esto, lo otro y lo de más allá.

Jamás, desde que la mano del hombre lanzó á los aires esos gigantescos tubos de bronce ó de granito para recordar hazañas heroicas, habian dado nada que decir las columnas, hasta ahora.



Estábamos acostumbrados á considerar los obeliscos como monumentos graves, rígidos, infalibles, exentos completamente del ridículo. Encontrábamos siempre dignidad en todos ellos; siempre nos inspiraban respeto.

Pero ha llegado el charlatanismo, disfrazado en esta ocasión de *peruano*, metió la pata la nécia vanidad y el diablo se llevó el prestigio.

Ya existen monumentos de pega. Ya tenemos obeliscos levantados á la victoria, que están echando canas al aire como el primer fullero.

Ya entró el can-can y el género bufo hasta en las moles de piedra.

En los Campos-Eliseos de París, frente al Palacio de la Industria, se levanta sobre lujoso pedestal una columna de mármol blanco, en cuya cúspide hay una colosal estatua dorada representando la Victoria.

Mucho rumbo, mucho!

Esa victoria es nada ménos la que alcanzaron los peruanos sobre la escuadra española que mandaba Mendez Nuñez, el 2 de Mayo de 1866.

¡Asombrémonos! Los peruanos tienen la desfachatez de conmemorar el triunfo del Callao!

*El Americano*, periódico que se pinta sólo para estas cosas, ha publicado un dibujo del monumento-cameo. He leído algunos artículos descriptivos, y me han escrito no pocas cartas hablándome del asunto. Puedo hablar por consiguiente del monumento como si lo hubiera visto.

Sé que, aunque fruto de un certámen, es grotesco bajo el punto de vista artístico: no podía menos. ¡Quién zurce una epopeya con una impostura!

Unos bajos-relieves empastados en un bronce chillón que recuerda la batería de cocina, recorren todo el pedestal. En vez de *recorren*, deberían *escarpase*.

Unos de esos bronces de bulto representa la muerte del ministro Galvez, que sucumbió valerosamente; me complazco en hacerle esa justicia; pero su sacrificio está ridiculizado en el monumento con este lema de pinche culinario: "¿Hay más bella suerte que la de morir por la patria?" Simétrico del famoso: "¡Cuán cara es la patria á los hombres bien nacidos!"

Otro bajo-relieve representa las fuerzas peruanas rechazando una invasión. ¡Esto sí que es hablar de la mar! Lo mismo pudieron poner á los peruanos comiéndose un pavo. Todo es parto de la imaginación!

El tercero quiere recordar la GRAN VICTORIA naval del Perú sobre España. (Alza, ¡pilili!).—La escuadra española huye á todo vapor, dejando caer en las olas sus banderas: la flota peruana, representada por dos esquifes, que podrían servir para hacer la travesía del muelle de Caballería á Casa-Blanca, se arroja en persecución de los fugitivos. ¡Qué horror!

Por último, el cuarto cartón habla de la entrada triunfal de las tropas del Callao en Lima.

Hé aquí ahora las inscripciones grabadas en el monumento:

1.<sup>a</sup>—"A los defensores del Perú y de la América, que renovando las glorias de la independencia, rechazaron la invasión española y sellaron la unión americana en el Callao el 2 de Mayo de 1866. La patria reconocida ha elevado este monumento para memoria y ejemplo de las generaciones venideras. 1872."

Aquí debía seguir un poco de música y salir en paños menores la *Patria reconocida* á ejecutar algunos juegos de manos.

Adelante:

2.<sup>a</sup>—"Grandes averías sufridas por la *Villa de Madrid* y la *Berenguela*.

3.<sup>a</sup>—"La flota española puesta fuera de combate y perseguida por buques peruanos.

4.<sup>a</sup>—"Entrada triunfal en la plaza primitiva de Lima de las tropas peruanas.

5.<sup>a</sup>—"Preparativos hechos por el gobierno y el pueblo para la defensa del Callao.

6.<sup>a</sup>—"La torre de la Merced al principio del combate.

7.<sup>a</sup>—"El Contra-almirante Mendez Nuñez herido á bordo de la *Numancia*."

¡Vive Dios! que no podía yo prever que el heroico idioma de Cervantes llegara á emplearse para ensartar mentiras de tanto calibre!

En contra de la fábula del país de los Incas, veamos ahora la verdad sacada de las relaciones oficiales y de las cartas de testigos oculares é imparciales que publicó oportunamente la prensa extranjera.

Cinco fragatas atacaron á tiro de pistola el Callao y lo convirtieron en gigote.

Los peruanos habían instalado precipitadamente 90 bocas de fuego en torres blindadas.

Al cabo de cinco horas de cañoneo, 87 piezas quedaron desmontadas y las torres completamente desmanteladas.

Los peruanos perdieron 350 hombres: la escuadra española tuvo 140 fuera de combate.

Ea, levanten ustedes monumentos!

La plaza, apagados sus fuegos, permaneció durante seis días á merced de los españoles, que no intentaron el desembarque porque sus instrucciones se concretaban al bombardeo.

La escuadra no fué perseguida, por la sencilla razón de que las fuerzas navales de las repúblicas aliadas, compuestas de buquecitos chatos de poco calado, se habían escondido en el archipiélago de Chiloé, donde no podían penetrar nuestras fragatas.

¡Anda, salero; venga otro monumentito!

Entre tanto, los ministros peruanos, reunidos en Lima, dicen que se preguntaban unos á otros con qué salsa de estofado los aderezaría el vencedor para comérselos, y preparaban una capitulación para amansar al Almirante español.

La escuadra se retiró, después de reparar tranquilamente sus averías, porque había cumplido su misión y nada le restaba que hacer allí.

Esta retirada tranquila, natural y preconcebida por nuestras fuerzas, pero inesperada para los peruanos, es la que el gobierno de Lima transformó en fuga; y la repentina suspensión del vara-palo que sufrió el Perú, fué cantada en lirios y salterios á guisa de gigantesca victoria.

Después de estos cantos, vino el monumento de que me estoy burlando.

Mas si para los autores de tan estrafalaria *quiscosa* tengo burlas, para los franceses guardo algunas reconvenciones muy puestas en razón.

Vamos á ver: ¿es digno haber dejado plantar en pleno París un monumento insultante para una nación amiga? ¿Deben pasar sin correctivo las mentiras, aunque sean de mármol y bronce dorado?

Supongamos, lector carísimo, que te das de narices en el Parque con un amigo que lleva en la corbata por alfiler tu caricatura, ¿te darán ganas de convidarlo á beber una botella de cerveza en el café del Louvre?

Pues bien: ¿cómo se tolera esa exhibición ridícula en uno de los barrios más concurridos de París?

Ya se perdió la fé que podía uno tener en los monumentos. Ahora, al tropezar con uno, preguntáremos:

—Digan ustedes: ¿la victoria que aquí se conmemora es *fin* ó de *doublé*?

O bien diremos:

—¿Es victoria al estilo peruano?

Si lo es, tiene que pasar el asunto á Landaluze. El modifica los planos con arreglo á la razón y á la justicia: y para probar lo dicho, en la plana de caricaturas está el monumento de la victoria del Callao, tal como debe construirse.

Rigiéndose por ese modelo, no hay inconveniente en que se levante uno en cada esquina del Callao, y que los individuos lo lleven, si gustan, en la punta de la nariz.

JUAN CUALQUIERA.

#### FRITURAS.

Si quieren ustedes un ejemplo de la variedad que existe en la población de París, no tienen más que leer el censo del décimo distrito de aquella capital. Se encuentran en él 122,962 franceses, 4,375 alsacianos-lorenos, 1,313 alemanes, 327 ingleses, 276 americanos, 2,244 belgas, 1,182 suizos, 125 austriacos, 407 holandeses, 715 italianos, 171 españoles, 84 rusos, 105 polacos, 29 suecos y noruegos, 10 dinamarqueses, 8 moldo-valacos, 9 griegos y 10 chinos é indios.

Según la nota oficial que el gobierno alemán ha publicado sobre los gastos de la guerra con Francia, resulta que el triunfo ha costado á los alemanes 1,427,758,071 francos. Deducida esta cantidad de los 5 mil millones que la Francia tiene que abonar como indemnización quedan 3,572,241,929 francos á favor de Alemania.

No se incluye en esta cuenta el precio de tantas vidas que se han perdido. ¿Y para qué se ha de incluir? Esa es carne de cañón que sale muy barata.

No cuesta más que lágrimas á las madres, á las viudas y á los huérfanos!

Los hombres miran á sus mujeres como ángeles sólo durante dos meses. Un mes antes de casarse y otro después de enviudar.

En un tribunal pasa la escena.

El escribano quiere dejar una demanda para otro día; el juez le dice:

—Pero, vamos á ver, ¿de qué se trata?

—Se trata de unos barriles de vino de San Vicente.

—Pues que pasen; eso lo despachamos entre usted y yo en un santiamén.

Sedujo Luis á Pascuala,  
esposa de un general,  
y éste le sopló una bala.  
Siempre causa mucho mal  
un toque de generala.

De guardia estaba un teniente,  
y la comida anhelada  
pidió al goloso asistente:  
mas ¡ay! que ni una tajada  
dejó el gloton insolente.  
—Caldo no más? ¡ah! Jesualdo!  
—Señor, éste respondió,  
la fiambra se cayó  
y recoger pude el caldo,  
pero las tajadas, nó.

La razón que dan las mujeres para buscar novios ricos es que raras veces se encuentran hombres que posean alguna otra cualidad que sea digna de estimarse.

Gracias por la parte que nos toca.

Dice un periódico de Minnesota (Estados Unidos) que un hombre fué arrojado por un rayo á cincuenta pasos del lugar donde estaba, sin haber sufrido el menor daño.

Se solicita un aparato eléctrico de la misma fuerza para recibir á ciertas visitas que turban la paz doméstica, especialmente los sábados.

La señorita Babcock, hermana del cura de una capilla de Boston, dice el *Days Doings*, ha predicado su primer sermón en el púlpito de la iglesia que regenta su hermano.

Suponemos que mientras tanto el reverendo pastor atendería á la cocina y demás quehaceres domésticos.

Dice un periódico del Norte, que una señorita de Utica tiene la costumbre de aplicar una trompada masculina á todo galán que intenta darle un beso. La niña es muy bonita y dotada de una fuerza muscular sorprendente. Pero lo más particular, según el periódico citado, es que la mayor parte de los hombres casados de la ciudad tienen la cara convertida en Concilio ecuménico, es decir, llena de cardenales.

¡Ah! jóven que vés bailando,  
al infierno vas saltando!

Recomendamos, á los que se preparen á ir esta noche al baile del *Louvre*, esta profunda sentencia, puesta en un libro nada ménos que de un Ilustrísimo señor Arzobispo.

Una máxima para concluir.

La dulzura es la consecuencia natural de la fuerza. La ferocidad política ó religiosa es siempre aliada de la baja de carácter.

JUAN DE JUANES.

#### GALERIA DE SEÑORAS.

##### LA POSTIZA.

Si yo supiera que alguna de mis lectoras no se incomodaba al leer estas líneas, había de contarles una cosa curiosísima.

Pero si el periódico se les cayera de las manos, nunca sería esto tan grave como lo sucedido á otra de mis lectoras, á la cual no se le cayó el periódico de las manos, sino que se le cayeron las manos del periódico.

Írme poco á poco.

Esta era una señora española hasta la mécula de los huesos, como que había nacido en Segovia: esta señora se fué á París. Y lo querrá usted creer? Esta señora volvió.

Hasta aquí la cosa no tiene nada de particular.

Volvió hablando de la civilización, de los adelantos del siglo, del Boulevard, del teatro de la *Gaité*, de la *Gran Opera*, de los Campos Eliseos, del *chic*, del *cachet*, del *esprit*, de los cocheros, de la buena educación de los franceses, de las trufas de Peirigord y de la ternera al *gratin*.

Había sido muy feliz esta señora.

Su marido viajó con ella durante seis años por toda la Francia.

El marido era francés. En una ligera excursión que hizo á España se enamoró de ella; se casó y se la llevó.



Dicho marido hizo una porción de campañas. Aseguraban sus camaradas que la mujer le había acompañado á todas sus correrías.

La señora tenía la manía de la juventud. Se había empeñado en no envejecer; y lo que es más todavía, lo consiguió. Cuando se marchó de España tenía 15 años, y le decían sus amigas que parecía una mujer. Cuando regresó tenía ochenta, y le dijeron las mismas amigas que parecía una niña. ¡Vaya usted á explicarse estas cosas!

Pues señor, hete aquí que un día al volver á España y al reanudar antiguas amistades, convidan á mi señora doña Eduvigis, que ya no se llamaba Eduvigis, sino que se llamaba Mad. Blanch,—la convidan, digo, á comer, á una casa. Los convidados se sientan á la mesa. Mad. Blanch ocupa el lugar preferente: come como un lobo (con perdon sea dicho: bebe como un carretero (continúo pidiendo perdon): charla como una cotorra (en esto sí que creo que no la ofendo): y al llegar á los postres, dá un grito mortal; se le atraviesan las palabras en la garganta; se pone amoratada, críspala las manos, estira los pies, convulsiones, accesos, gritos horribles, confusión general. Aquí es ella. ¿Qué dirían ustedes que le había sucedido? ¡Se había tragado la dentadura!

Su marido fué el primero que lo echó de ver, y no sólo lo echó de ver, sino que lo contó á la concurrencia; cosa que ella no hubiera tolerado á no estar privada de sentido; porque ella aseguraba que aquellos dientes eran los primeros frescos y hermosos de su juventud.

Aseguraba que eran suyos: despues de todo tenía razón, supuesto que le habían costado quinientos francos.

Las convulsiones duraron largo rato.

La señora volvió en sí; los que no volvieron fueron los dientes, que se quedaron por allá dentro.

Una exclamación de sorpresa fué lo primero que esta señora manifestó al verse rodeada de gente que procuraba consolarla de tamaña desgracia. Se echó las manos á la cabeza como para darse cuenta de su asombro; pero esta vez el asombro fué mayor, porque entre la confusión y la bataola de la convulsión nerviosa uno de los circunstantes, sin querer indudablemente, le había arrancado la peluca. La señora tenía la cabeza como una sandia.

¡Oh desesperación! ¡oh! rabia! No la reclamaba por no confesar que la llevaba ántes. Comprendía que todo el mundo se reía de ella al verla la cabeza monda y lironda.

Quiso marcharse; pero al echar á andar ¡oh sorpresa! le faltaba una pierna. Una pierna hermosa, gorda, robusta, admirablemente hecha en Londres (como la que le hicieron últimamente al Tato).

Pues señor, aquí fueron los apuros y el tener que declarar la verdad de las cosas.

Pretexto por acá, excusa por allá, razones de este lado, explicaciones por el otro: la señora tuvo que confesar que á consecuencia de un disgusto le dolieron las muelas y tuvo que arrancarse la dentura, sirviéndose de la otra; que á consecuencia de otro no menor se le cayó el cabello y tuvo que hacerse peluca; y que á consecuencia de un largo paseo por el Bois de Boulogne con su marido se cayó y hubo de romperse la pierna. No por eso dejó de citar la fecha de su nacimiento y recordar á todas sus antiguas amigas y compañeras que había nacido el año 44. No faltaba quien aseguraba en el corro que dicha señora había presenciado la entrada de Fernando VI en Madrid; pero vaya usted á creer á las gentes que son de suyo mal intencionados.

Pasaron quince días.

La señora con dientes nuevos, cabellos nuevos y apoyada en un palo volvió á la casa en que tales peripecias le habían sucedido.

—¿Cómo está usted, señora? le dijo el dueño.—¿Se pasó ya aquel susto?

La señora volvió á dar otra excusa y alargó la mano al caballero. El caballero se la apretó; pero se la apretó tanto que se quedó con la mano en la suya.

¡Una mano magnífica, hecha en el mejor establecimiento de Mr. Arpentier, un célebre confeccionador de estas extremidades!

Figúrese el lector la sorpresa de aquel pobre hombre al encontrarse con una mano dentro de la suya, y sin saber qué hacer de ella: si devolvérsela á la dueña ó echarla al fuego.

La señora se echó á llorar. Parecía que se había empeñado el mundo en descubrir sus cosas.

Lloró; lloró muchísimo; y una de sus amigas, al verla tan afligida, fué á enjugarla una lágrima, gorda como una hermosa perla que se deslizaba por sus mejillas, y al ir con el mayor cariño á limpiarla con el pañuelo la cara; ¡jesto sí que fué grande! le sacó un ojo; un ojo de cristal, que había costado una barbaridad en el Boulevard de Capuchinos.

¡Ya sin la mano derecha y sin el ojo izquierdo qué iba á hacer aquella señora!

Se echó la mantilla por la cara, hizo del brazo manco una ocultación furtiva y se salió á la calle maltrando á su marido, que compraba tan malos géneros de los que á ella le eran tan indispensables para su uso.

No quiso volver más á la casa.

—Eres un infame, decía por la calle á su marido,—eres un torpe; cuando me comprastes la mano, el ojo, la pierna, la

peluca y la dentadura me aseguraste que no se me caerían nunca, y por donde quiera que voy me voy dejando algo.

El marido tenía muy mal génio. Se encrespó y contestó de mala manera á la señora.

La señora levantó la mano que le quedaba bien pegada al brazo. El marido trató de evitar el golpe, y al dar un puñetazo de revés ¡qué barbaridad! la derribó las narices. Unas narices postizas que habían venido nada menos que de Alemania.

Como esto sucedía en medio de la calle, los curiosos se agolparon, rieron, gritaron, hicieron burla de la señora.

La señora se acordó en aquel instante de que no era posible encontrar otras narices como no las hiciera venir de Alemania.

Pusiéronse á buscarlas todos por el suelo. ¡Qué habían de parecer! no faltaba quien aseguraba que se las había comido un perro.

Pues señor, pasaron 15 días, durante los cuales mi señora desnarigada, desmanotada y mal trecha, no quiso salir de su casa.

Pidió el divorcio. Su marido, que ya estaba harto hacia tiempo de tener por mujer una especie de muestrario de cosas raras, se salió de la casa y no volvió en muchísimo tiempo. Los criados se despidieron no pudiendo soportar el mal humor de la dueña.

Se presentó una doncella recomendada por el portero. Los dos se convinieron, y la doncella se quedó en la casa desde aquella noche.

—Venga usted á desnudarme, dijo la señora á la doncella. Esta entró en la alcoba.

—Quíteme usted las botas.—Y le quitó las botas.

—Quíteme usted esta pierna.

La doncella abrió unos ojos desmesurados; se figuró no haber oído bien, y la dijo:

—¿Qué dice usted, señora?

—¡Imbécil, tire usted.—Y le presentó la pierna.

La criada tiró.

—¡Más! repitió la señora.

La criada tiró más.

—Más aún!!

Y al cabo de un rato *ram....* salió la pierna detrás de la mano.

—Tire usted de este brazo.

Nuevo asombro de la doncella. Los pelos se le ponían de punta creyendo que todo aquello era brujería.

—¡Vamos! dijo la señora.

Aún no había salido del susto la muchacha cuando la señora se metió los dedos en el ojo derecho que le quedaba puesto, se lo sacó y lo metió en un vaso de agua que había encima de la mesa de noche.

La doncella dió un grito. La dueña le mandó callar.

—¡Quíteme usted el corsé!—Y le quitó el corsé.

—Tire usted del hombro derecho.

La doncella tiró del hombro y sacó un armazon de carton que sustituía la carne que faltaba.

—Ahora acuésteme usted, dijo á la doncella, pues como estaba sin piernas no podía subirse á la cama.

La doncella la cogió en brazos y la acostó. Y al ver á aquella mujer sin piernas, sin un brazo, sin medio hombro, sin narices, sin pelo y sin ojos, sintió tal terror, que quiso gritar, y la voz se le ahogó en la garganta.

Pero todavía le faltaba que ver algo más sorprendente.

La señora, aprovechando la mano que le quedaba sana, la levantó en alto, la inclinó á la cabeza, se cogió la cabeza, se la arrancó de raíz, la puso sobre la mesa de noche y dijo con una calma admirable:—¡Buenas noches!

.....

Mis lectoras me van á tachar de exagerado, algunas se van á horrorizar de la crueldad de mis intenciones; pero yo les aseguro que si la afrancesada española María Blanch es una excepción de la regla, yo conozco media docena de mujeres que entre todas completan el tipo de esta señora.

Si á una le falta un brazo, á la otra un diente.  
Si á esta le falta el pelo, á aquella un ojo.  
Y hay notabilidad, que si ancadamente,  
No quiero contar más, que me sonrojo.

EUSEBIO BLASCO.

### UNA CHUPADA REPARADORA.

A consecuencia de la caricatura de nuestro número anterior, en la que el amigo Landaluzé mostró gráficamente la catástrofe que amenaza á los fumadores de la Habana, recibió JUAN PALOMO la siguiente carta:

Sr. Director del JUAN PALOMO.

Muy Sr. mío: En el número de su donoso periódico, publicado el 4 del corriente, he visto con indignación *fabril*, una caricatura *tabaquera*: nada menos que la explosión de un hombre á consecuencia de un tabaco que fumaba! indicando con esto que, á pesar de caros, los cigarros puros de la Habana, hechos con la rica hoja de la Vuelta de abajo, son infumables. ¡Oh! ¡qué dirán las naciones extranjeras cuando vean el trágico fin de la efígie que aparece en JUAN PALOMO.—Y me dicen que el autor de esa sátira, es usted, señor de Landaluzé, flor y nata del sentido común y defensor acérrimo de las glorias é intereses de esta provincia española! Para destruir en V. el profundo error en que yace, y vuelva en sí, y por su fama, me tomo la libertad de remitirle un

cajon de Brevas, no de 100 pesos el millar, y solo sí de 85. Puede V. encender una sin temor, y respondo que los primeros síntomas serán de satisfacción, y que en vez, por último, de reventar como un triquitraque, tendrá V. embriagador de-seo de fumar un segundo puro.

Con la esperanza de que quedarán destruidos sus pésimos errores nicotianos, quedo de V. con afecto su amigo y seguro servidor Q. S. M. B.—El presidente del Gremio Central de Fabrilantes de Tabacos,

F. de Arrigunaga.

¡Esto es hablar y obrar como fabricante de conciencia y de pundonor! dijo JUAN PALOMO abriendo el consabido cajoncito. Y empuñando uno de los *mazos*, destuerce la cinta de seda amarilla, desgaña á la ventura una breva larguita, de buena bitola, de color incitante y bien sazonado, la aplica á su inteligente nariz, que contrae voluptuosamente ambas ventanillas y vuelve á inflarlas con avidez, halagado por el aroma; enciende un cerillo, onde la hoja perfumando el ambiente *y paf, paf*, salen ondeando graciosamente tres bocanadas de un humo lijero, blando, pastoso, que ha dejado condensada en el paladar la esencia más pura, la miel de la Vuelta-abajo.

¡Ay, qué brevas, compadre Arrigunaga!

Son grandes, suaves, secas, aromáticas, *sabrosomas*, dulces como la almibar.—En fin son realmente *imperiales*.

Y luego, á 85 pesos millar. ¡Jesús! ¿Pues cómo serán las de 100 pesos?

JUAN PALOMO, ántes de llegar á la mitad, contemplando la ceniza blanca y compacta, y cediendo á la embriagadora influencia que aplacaba su rencor contra el mal tabaco, hubo de exclamar al fin: "Amigo Arrigunaga, estoy convencido, arrepentido, contrito.—Eso se llama castigar con dulzura, *corregir deleitando*!"

Fuerza es dar una satisfacción tan pública como la ofensa. —Pero con su más y su menos!

Esas exquisitas brevas remitidas por el Sr. de Arrigunaga, —que ha querido mostrarse digno y celoso Presidente del gremio de almacenistas y fabricantes de tabacos—han sido elaboradas en una de las muchas y especiales fábricas de la Habana, pero no todas dan de esa fruta; y á 85 pesos! JUAN PALOMO conoce alguna fábrica de las *acreditadas* que le está envenenando su pobre humanidad con *Cazadores imperiales* de á 120 pesos millar, que valen 120 garrotazos.

Y como la fábrica que con sus almibaradas brevas ha dulcificado la bilis de JUAN PALOMO, es la afamada *Flor de Arrigunaga*, justo es que así conste para que no tenga que repetir *sic vos non vobis*, y obtenga el láuro que ha merecido.

Si hubiere fábricas que osasen disputárselo en leal concurso, JUAN PALOMO se brinda para juez del certámen, *gratis*, se entiende, y nada más que por afición á la rama.

Por lo tanto, desde hoy se admiten en esta Redacción cajones cerrados, chicos ó grandes, acompañados de las marcas y los precios con que concurren por el premio. Será este una corona monumental, que Landaluzé consagrará, en una hoja de este semanario, á la gloria del vencedor, en nombre de los concupiscentes y chupadores redactores de

JUAN PALOMO.

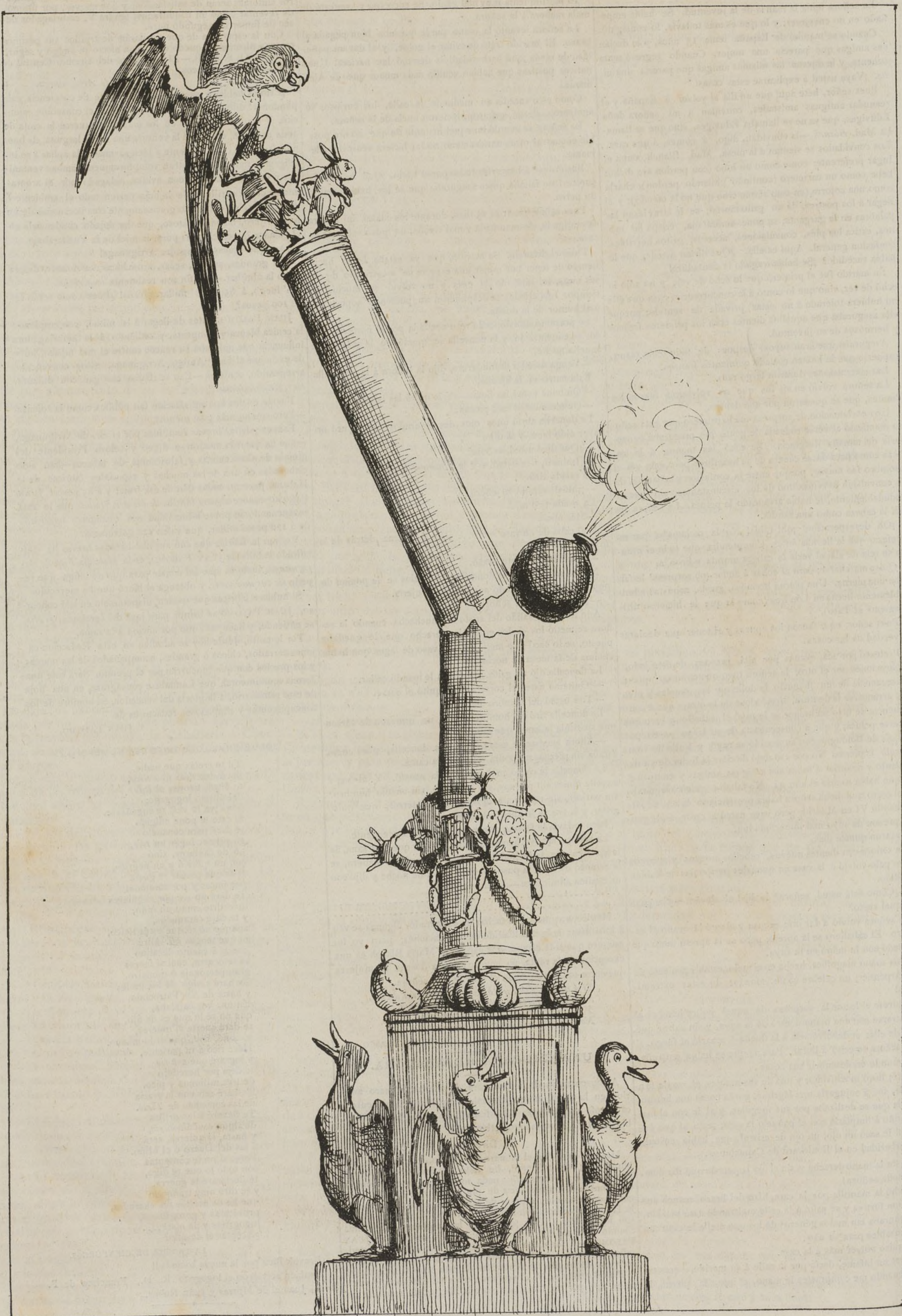
### SOLUCION AL LOGOGRIFO DEL NUMERO 31.

Tú te creías que nadie iba á descifrar ni á *tirar*, ni á tres tirones el *todo* del último logogrifo; pues ¡ya lo ves! te engañaste. Si esto te pone afligido te daré para consuelo en primer lugar un *trío*, no de cantares, sino con un quitrín y un negrito, si es que pasear te gusta por fincas y por caminos. Te daré un *ros* por si quieres divertirte como un niño, y te daré caramelos, aunque no sé que estés tísico, ni que tengas *tos*. Diré que si á cuanto desatino se te ocurra, cual si fueras gran personaje ó ministro. Te haré amigo de los frailes y hasta de *Sor Patrocinio*. En una voz catalana, que no sé lo que es de fijo, te daré suerte si quieres, y, si no, *sort*, que es lo mismo. Haré rico á tu pariente, y lograré que ese *tío* te deje por heredero de tres millones y pico. Te haré reir con la gracia de las comedias de *Tirso*. Te llevaré á las orillas de algun caudaloso *rio*, y hasta, si quieres, será á las del Duero ó el Miño. Pero, si no te contentas con todo lo que te digo, te declararé la guerra, y te diré muy tranquilo que he de acertar tus charadas, problemas y geroglíficos, logogrifos y ¡la mar!..... ¿Aceptas el desafío?

LA TROCHA DE CIENFUEGOS.

¡Bravo! Bien por la nueva sociedad! También acertaron el logogrifo B. D., Francisco de P. Roca, Juan el de Marras y Juan Rebus.



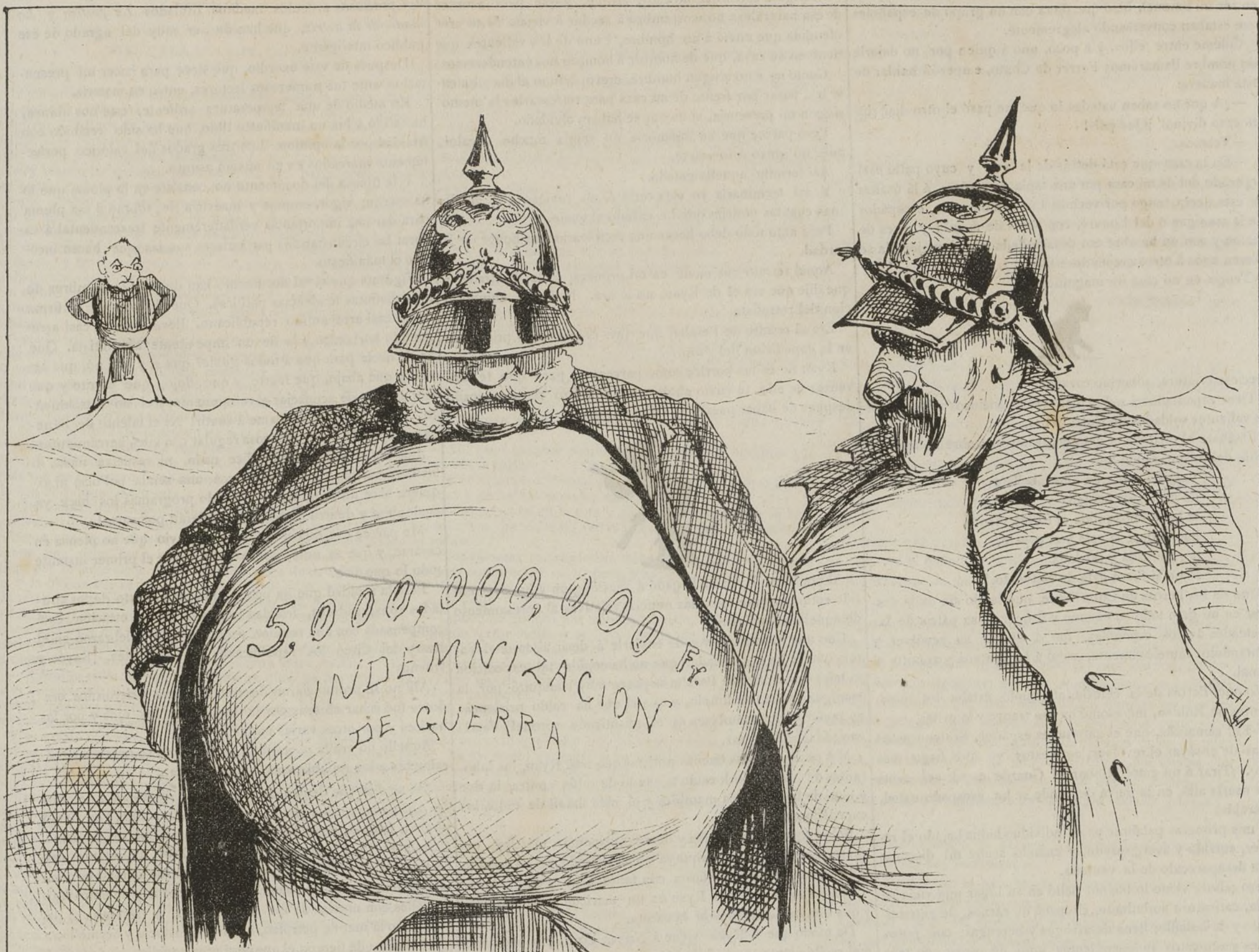


Proyecto de monumento para el Perú en lugar del que ellos quieren poner para conmemorar las glorias del Callao.

NOTA.—Que no se olvide la bombita, que es el detalle más exacto é interesante. Si los peruanos quieren, JUAN PALOMO la costeará para que nada falte al monumento.

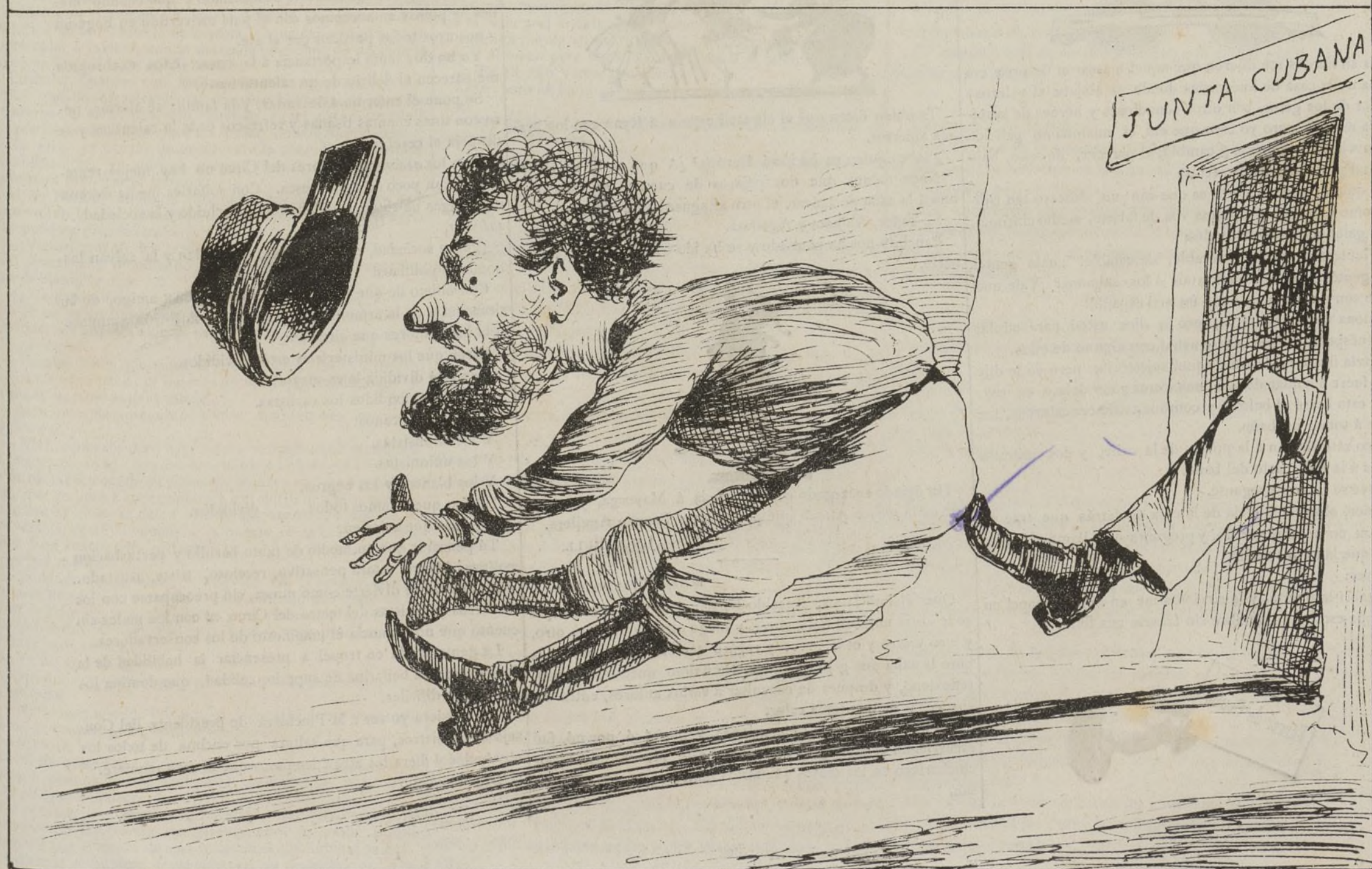
Ayuntamiento de Madrid





GUILLERMO.—La digestion es trabajosa y tengo mis temores de que esa gente venga á turbar nuestra paz y tranquilidad.

BISMARCK.—Mójeme ocho manojos del mismo tercio, señor.



Litografía Mercantil é Imprenta, O'Reilly 27

Triste fin del terrible general Ryan, espanto de todos los estados unidos y desunidos de los continentes americanos.



## EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 1.º DE JULIO.

Esta mañana me lancé á la calle en busca de materia para mi epístola, cuando cata ahí que la fortuna, que se empeñó en ser mi timonel, hizo que diera con un grupo de españoles que estaban conversando alegremente.

Coléme entre ellos, y á poco, uno á quien por no dejarle sin nombre llamé Ferrer de Couto, empezó á hablar de esta manera:

—¿A que no saben ustedes lo que me pasó el otro día? ¡Es un caso divino! ¡Qué país!

—Veamos.

—En la casa que está detrás de la mía y cuyo patio está separado del de mi casa por una tapia de madera, á la usanza de esta tierra, tengo por vecinos á unos laborantes, escapados de la manigua ó del Louvre, con kepís de mambí y aires de maton y con un hambre tan desarrollada que el mejor día se comen unos á otros creyéndose fideos.

Tengo en mi casa un magnífico



preciosa criatura, soberbio cazador.

Tiene espantados á todos los ratones, incluso mis vecinos los valientes soldados de Cuba liebre.

Estábase el otro día el gato encaramado sobre la tapia del patio, del mismo modo que

"estaba sobre un alto caballete de un tejado sentada la bella Zapaquilla al fresco viento, lamiéndose la cola y el copete, tan fruncida y mirrada como si fuera gata de convento."

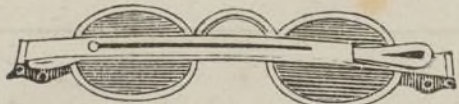
Uno de los héroes de Cuba liebre, queriendo sin duda desfogar en mi gato todo su encono y vengar á su patria de las crueldades de los españoles, fué á buscar su revólver, y montándolo cautelosamente, salió á la ventana y apuntó al animal.

Yo que, detrás de la celosía, atisbando estaba los movimientos de Roldán, me asomé en ese trance y le grité;

—Eh! camarada, que el gato no es español. Si tiene usted ganas de ensayar el revólver, aquí estoy yo que hago más bulto. ¡Tíralo á un gato! ¡Cobarde! Guarde usted esa arma para usarla allá, en la tierra de donde se ha escapado usted, miserable!

A mis primeras palabras ya el individuo había bajado el revólver, corrido y avergonzado, y cuando acabé mi discurso había desaparecido de la ventana.

Pero ¡ahora viene lo bueno! Salió en su lugar una vieja ridícula, caricatura ambulante; chupada de carnes, de entendimiento y de bolsillo; llena de arrugas y berrugas; con pocos dientes y aún estos independientes unos de otros; con más pelos en la barba que en la cabeza; cubierta ésta con un sombrero imposible, y montado en el botalon nasal el siguiente adminículo:



Mis sirvientes me dijeron que aquel mascaron de proa era el ama de la casa de huéspedes donde se alojaba el valeroso cazador de los gatos, con otros semidioses y héroes de la mitología mambí; pero yo creo que era el mismísimo gaticida que envejeció de repente y cambió, al parecer, de sexo, bajo la descarga de mis improperios.

Sea quien fuese, lo cierto es que con un descaro tan ridículo como su facha, y con una voz de falsete, medio chirimía, medio gaita, me gritó en inglés:

—¡Gente española, intolerable, detestable! ¡mala gente! ¡mala gente! ¿Por qué maltratan á los cubanos? ¡Vale más casarse con un negro que con un mal español!

—Buena vieja, repuse yo, eso lo dice usted para adular á sus huéspedes. Pues cátese usted con alguno de ellos.

Todavía iba á replicarme aquel vejestorio, pero yo le dije que se fuese á cuidar de sus quehaceres y me dejase en paz.

Con esto cerré el balcon, y como la tarde era calurosa, me dispuse á tomar un baño.

A poco rato llaman á la puerta de la calle, y dos minutos después á la del cuarto del baño.

—¿Qué se ofrece? pregunté.

—Señor, ahí está la vieja de la casa de detrás que trae un papel con un nombre escrito, y pregunta si se llama así el caballero que la ha insultado.

—A ver.

Entreabrí la puerta, y la sirvienta me enseñó un papel en que estaba escrito mi nombre sin faltarle una letra.



—Dígame usted á esa vieja que sí, que sí, que este es mi nombre.

No tardó en volver la criada con el recado de que la mía quería verme.

—Dígame usted que no estoy visible, y que para asuntos de esa naturaleza no acostumbro á recibir á viejas. Si se cree ofendida que envíe á un hombre, á uno de los valientes que tiene en su casa, que de hombre á hombre nos entenderemos.

Como no vino ningún hombre, creí oportuno al día siguiente ir á pasar por frente de su casa para refrescarles la memoria con mi presencia, si es que se habían olvidado.

Pero parece que su memoria no sentía mucho el calor, pues no quiso refrescarse.

Así terminó aquella gatada.

Y así terminaría yo esta carta si no tuviese que añadir unas cuantas noticias que he cazado al vuelo.

Pero ante todo debo hacer una rectificación en honor de la verdad.

Aquel retrato que envié en mi primera carta ilustrada, y que dije que era el de Ryan, no lo era. Fué una equivocación del retratista.

Era el retrato de Peralta, que fué el que cayó prisionero en la expedición del *Fannie*.

Ryan no es tan borrico como parece, y para que te convenzas de ello, te envío ahora su verdadero retrato, sacado despues de haber puesto en salvo su pellejo.



Ahora bien: Ryan ha llegado á Washington y ha desmentido rotundamente todas las noticias relativas al apresamiento de aquella expedición.

Con que hazme el favor de enviarle á decir al coronel Varela que se ha equivocado: que no ha cogido tal expedición ni tales carneros; que Peralta se pasea muy tranquilo por la manigua vestido de limpio, y que el que ha caído prisionero en poder de los mambises es el mismísimo coronel Varela con todas sus fuerzas.

Y á pesar de estas buenas noticias que trae Ryan, los laborantes de Nueva York están trinando de rabia contra la flor y nata de la caballería mambisa y el más hábil de todos los expedicionarios.

Sobre todo, doña Emilia y demás suripantas mártires, están furiosas contra él, porque ya que ha venido, no ha salvado la bandera que ellas bordaron con tanto afán y entusiasmo.

Doña Emilia dice que Ryan es un maricon y un cobarde, y que ella ha de arrancarle la careta.

De modo que si Ryan viene á Nueva York, no le espera mal recibimiento en el Club de las ligas.

Ahí tienes la tremolina que le preparan.



También dicen que el alguacil espera á Ryan con los brazos abiertos.

¿Sabes quien se ha ido á Europa? ¿A que no lo adivinas? Nada menos que dos pájaros de cuenta, aficionado el uno á la caña de azúcar, el otro al aguardiente de caña.

Sí, señor, Aldama y Aguilera.

Panchito nos ha plantado y se ha ido con la botella á otra parte.



Ha dejado encargado de la Agencia á Mayorga, y esta sí que es la *mayor-gatada* que podía hacer Pancho Aguilera.

JOHN BULL.

MADRID, 13 DE JULIO.

Queridísimo JUAN: Eusebio Blasco observó cierto día que se le abría un poro del cuerpo, y luego otro, y despues otro, y otro y otro y otro..... y reparó también que por cada poro le salía una gota de sudor. Su ánimo quedó suspenso, reflexionó, y despues de consultar á varios autores, entró en sospechas de que tenía calor.

No quiso hacer más indagaciones, y por sí ó por nó, fué escurriendo el bulto para escapar de este Madrid, que es un chicharrero en los meses que atravesamos ó que nos atraviesan.

Pero ántes de partir me dió el encargo de reemplazarle en el puesto de corresponsal de JUAN PALOMO, durante su ausencia; y por vía de compensación, pues los suscritores han de salir perdiendo en el cambio, te remite mi amigo Eusebio dos preciosos artículos inéditos titulados *La postiza* y *La madre de la actriz*, que han de ser muy del agrado de ese público inteligente.

Después de este exordio, que sirve para hacer mi presentación ante tus numerosos lectores, entro en materia.

En medio de una temperatura ardiente, que nos abrasa, ha salido á luz un manifiesto tibio, que ha sido recibido con frialdad por la opinion. Los tres grados del calórico perfectamente marcados en un mismo asunto.

Y la tibieza del documento no consiste en la pluma que lo ha escrito: vigor, empuje y maestría le sobran á esa pluma para dar una importancia verdaderamente trascendental á su obra: las circunstancias particulares son las que hacen incoloro el manifiesto.

Figúrate que el tal documento han de *usarlo* hombres de muy distintas tendencias políticas. Que al lado de la firma de un casi arrepentido republicano, lleva la de un casi arrepentido borbónico y la de un impenitente absolutista. Qué ha de decir para que á todos guste? que sí y que nó, que arriba y que abajo, que fuerte y que flojo, que bonito y que feo: que ha de aconsejar el retraimiento y el no retraimiento..... Con que, ayúdame á sentir! Ni el talento de Séneca es capaz de hacer una cosa regular con tales herramientas.

Por eso el manifiesto no dice nada, ni resuelve nada, ni sienta principio alguno, ni marca una senda política, ni siquiera hace un programa. ¡Cuando programas los hace ya cualquiera y dentro de poco se venderán por varas!

Me parece ese escrito carta de un novio que no piensa en casarse, y que es nulo, por lo tanto, desde el primer instante todo lo que dice.

Pero la frialdad que ha producido el manifiesto de los titulados conservadores, frialdad impropia de la estación, está compensada con una reunión *calentita* que celebraron en el teatro del Circo los republicanos más ardientes. ¡Rayos y truenos!

Allí no se pronunciaron discursos; lo que hicieron los oradores fué echar chispas por la boca, por los ojos y por las narices y por otras varias partes.

Aquello no era la *montaña* á secas, como se nombra generalmente á los republicanos, sino el volcan.

Allí se dijo que dentro de poco ya no *comprarian* el pan los trabajadores, sino que lo *tomarian* [¡alza, pilili!] se llamó pícaros, felones, vendidos, traidores y hasta perros de presa á Castelar, Pi, Figueras y demás hombres importantes del partido. Se convino en que ya no es tiempo de andarse en contemplaciones, sino de comer hombres crudos y de empedrar las calles con muelas de los monárquicos, y despues..... ¡la mar! pero la mar de petróleo, agarrás, fósforos y bermellón.

¡Qué lástima de tiempo el que perdieron aquellos *ciudadanos*! Los que explotan estas debilidades humanas para hacer creer á los cándidos que no hay salvación posible más que en la restauración, toman acta de esos *desahogos patrióticos* para insistir en que el mundo está desquiciado y que cuando menos se piense amanecemos con el país convertido en hoguera y nosotros todos partidos por el eje.

Yo no doy tanta importancia á la cosa. Esos exabruptos me parecen el delirio de un calenturiento. Se pone el enfermo á desvariar, y la familia se alarma; pero con unas cuantas tisanas y refrescos cede la calentura y se despeja el cerebro.

Para los *ardorosos* oradores del Circo no hay mejor remedio que un poco de agua fresca. Con soltarles media docena de mangas de riego, quedaba todo concluido y la sociedad... *salvada*.

¡Pobre sociedad, qué fácilmente la pierden y la salvan los hombres políticos!

Con objeto de que te formes una idea, JUAN amigo, de la situación y de la armonía que reina entre nosotros, apuntaré aquí los rumores que circulan:

Dicen que los ministeriales están divididos. Que está dividida la ex-mayoría.

Que están divididos los carlistas.

Y los republicanos.

Y los alfonsistas.

Y los unionistas.

Y los blancos y los negros.

En fin, que estamos todos..... divididos.

Y puede que acierten.

Tú pensarás que en medio de tanto barullo y perturbación política, Madrid estará pensativo, receloso, triste, asustado. ¡Cá! Madrid se divierte como nunca, sin preocuparse con los discursos terroristas del teatro del Circo, ni con los males sin cuento que nos anuncia el manifiesto de los conservadores.

La gente acude en tropel á presenciar la habilidad de la Pinchiara; una bailarina de superior calidad, que domina los pasos más difíciles.

Oh! quisiera yo ver á la Pinchiara de presidente del Consejo de Ministros, para que saltara por encima de todos los obstáculos y diera los atrevidos pasos que el caso requiere.

Tu apasionado

JUAN SUSTITUTO.



## CUENTOS DE MANIGUA.

## CUENTO QUINTO.

## EL CHAVAILLO.

## XXV.

¡Qué orondo y qué contento enderezó aquella noche sus pasos hacia la Marina de Nuevitas el flamante cabo Víctor Guillen! Después de haber descansado durante el día de la fatiga de la expedición al destruido campamento de los rebeldes, ocupó en pegar en las mangas de su blusa de rayadillo azul y blanco los galones con que el coronel había premiado su arrojo en la manigua; aquel distintivo no era para él un simple escalon en la milicia; era la satisfacción de su vanidad por el hecho personal que lo había conquistado; pensaba presentarse delante de Javiera Salcedo sin decirle nada, a fin de que ella le preguntara algo sobre aquellas horas de ausencia, y entonces ponerle en las manos su sombrero de jipijapa atravesado por una bala traidora que tan de cerca había amenazado su vida, gozando así con el estremecimiento natural del miedo que la noticia había de producir en su amante.

Velado por las sombras de la noche, que en la Marina eran más negras, porque la completa ausencia de la luz natural no se veía suplida por la artificial, caminaba el voluntario jerezano muy de prisa para llegar más pronto, aguijoneado por el amor, o mejor dicho, por la pícara vanidad, que le hacía de tiempo en tiempo contemplar los galones encarnados que lucía en los brazos. Iba acercándose a la casa de don Hermenegildo Salcedo cuando de repente se detuvo como sorprendido, y permaneció algunos minutos en observación, con la vista fija en la ventana, que estando abierta, alumbraba la calle con el quinqué de la sala.

¿Qué había producido aquella sorpresa en el joven? ¿Qué motivaba su detención cuando se había manifestado tan impaciente por llegar al lado de su amada? Los enamorados tienen una vista muy perspicaz: un bulto cruzaba de continuo por delante de la reja, mirando para dentro de la sala, y la última vez se había detenido como para contemplar sin temor a alguna persona que debía estar allí; y como dentro de la sala no podía estar sino Javiera, y como el que le paseaba la calle era un hombre, claro es que Víctor tenía motivos fundados para sospechar que un rival quería robarle el objeto de su cariño. Entonces dijo muy entre dientes:

—¿Cáspita! ¿sólo he estado ausente un día y ya me amenaza el reemplazo? Vamos con tiento, que no quisiera verme burlado por una prójima a quien no he tenido tiempo bastante para conocer. Observemos con calma.

Y se quedó clavado en el mismo sitio, volviéndose todo ojos para sorprender el misterio de aquella sombra que quería interponerse entre él y Javiera; la sombra pasó repetidas veces por delante de la reja, deteniéndose siempre y significando claramente que el objeto de su ronda nocturna se encontraba en aquella sala. ¿Estaría allí la hermosa camagüeyana? Era de suponer, pues de lo contrario, el misterioso rondador no hubiera insistido en declarar su intención, perdiendo en balde el tiempo y sus miradas; pero es preciso confesar, en honor a la verdad, que nada anunciaba al amante en espía que ella autorizara la insistente persecución del galán callejero, por cuanto no se había asomado a la reja, ni se veía telegrafo de señales en la vigia que anunciara la correspondencia.

Convencido Víctor de que aquel bulto era un importuno, se adelantó con firme paso, resuelto a pedirle cuentas, haciéndolo abandonar el campo; pero se contuvo en seguida, comprendiendo que no sólo iba a dar un escándalo que comprometería a Javiera, sino que espantaría la caza; y algo más cerca ya, volvió a quedarse en observación, pudiendo desde allí distinguir claramente al joven; pues un joven era, con el uniforme de la infantería de marina, el que daba vueltas para contemplar a Javiera, con la marcada intención de declararse preso en las redes de su hermosura.

Luchaba Guillen con los impulsos de su carácter violento, que lo arrastraban a despedir al rondador que iba a estorbarle en su proyecto, cuando aquel mismo resolvió la cuestión, retirándose para no pasar de nuevo por delante de la reja, ya porque no encontrara la acogida conveniente para decirse, ya porque creyera que había hecho bastante para preparar el terreno.

Al ver libre el campo, el voluntario apresuró el paso y se presentó en la reja; Javiera lanzó una exclamación de alegría y se puso en pie, diciendo:

—¡Víctor! ¿cuánto has tardado!

El joven, casi de un salto, entró en la sala, y presentándole la mano, le dijo:

—¿Me esperabas?

—Te esperaba desde esta mañana, y a no haber sabido que vendrías, no hubiera abierto esa ventana.

—¿Por qué?

—Para no tener que sufrir la persecución de un atrevido que desde ayer pasa por delante de mi reja, mirándome de un modo que me inspira miedo.

—¿Un atrevido? preguntó Víctor aparentando sorpresa.

¿Quién es?

—No le conozco; pero ayer estaba sentada aquí, pensando en la suerte que te esperaba en esa expedición que te arrancó de mi lado, cuando vi pasar un hombre con uniforme militar, que se paró a contemplarme con cierto descaro; y como insistiese en clavarse delante de la reja, aprovechando una de sus vueltas, cerré la ventana y la puerta de la calle, retirándome a un cuarto para pensar en ti.

—¿Qué osadía!

—Sabiendo que estabas de regreso en Nuevitas, puesto que tuve el gusto de verte pasar esta mañana, me senté en mi sillón de siempre, aguardándote; y al momento apareció el mismo hombre de ayer, con sus paseos significativos y sus miradas insinuantes.

—Ya no está en la calle.

—Sin duda te vería llegar, pues hace un momento que se ha retirado.

—No tengas miedo, Javiera, ya espantaré a ese importuno; no te ocupes de él, porque tendría celos de ti.

—¿Celos?

—Sí; no quiero que pienses más que en mí. Siéntate a mi lado y hablemos de este paréntesis forzoso que nos hemos visto obligados a hacer.

La satisfacción rebosaba en el alma de Víctor; aquella franqueza de Javiera era una garantía para su amor propio alarmado por el temor de una traición; si ella hubiera callado, la sospecha se hubiera levantado en su imaginación viva,

acariciando la posibilidad de que pudiera venderle; pero la pobre niña amaba ya a Guillen con todo su corazón, y no cabía en su alma más que un amor puro, amor que no había por cierto de verse justamente correspondido, porque, como el lector sabe, el jerezano la engañaba fingiéndole una pasión que estaba lejos de sentir.

—Y en ese paréntesis, preguntó ella con acento de profunda efusión, ¿te has acordado de mí?

—¿Lo dudas, Javiera?

—Aunque lo dudara, querría oírlo de tus labios; nada halaga tanto como la emoción que produce la voz de la persona adorada cuando trata de convencernos de lo que ya sabemos demasiado.

—¡Ah, picarilla!

—¿Te has acordado de mí, Víctor? repitió ella.

—A todas horas, querida; hasta en el momento que llovía el fuego sobre mi cabeza, vagaba tu sombra por delante de mis ojos, infundiéndome aliento para la pelea.

—¡Gracias, Víctor! exclamó la joven estrechándole una mano. Sé que te has distinguido.

—¿Tú sabes eso?

—Por supuesto; mi padre salió esta mañana, y volvió muy contento a referirme los detalles de la acción; tu nombre anda en boca de las gentes del pueblo, y tu arrojo me ha llenado de orgullo, aunque no pude menos de estremecerme al pensar en el peligro que corría tu existencia.

—Pero me han recompensado, Javiera.

—¿Una recompensa?

—Sí: repara en las mangas de mi uniforme; ¿nada nuevo ves?

—¡Ah! unos galones como los que lleva ese hombre que me ronda la calle.

—¿Eh? murmuró Víctor; ¿tuviste tiempo de reparar en sus galones y no habías visto los míos?

—El se apoyaba en la reja y mis ojos se fijaban en su brazo, mientras que de tí no veo más que tus ojos. ¿Tienes duda todavía?

—No, Javiera; esa confesión tan espontánea, tan digna, me hace comprender mi torpeza, y te pido que me perdones.

—¿Dudarías de mí?

—¡Nunca!

—Cuéntame minuto por minuto tu viaje, porque nada tuyo puede serme indiferente. ¿No te daban miedo esas balas que tan cerca de tí pasarían?

—¡Las balas! exclamó Víctor sonriéndose; tan cerca las tuve, que una de ellas me hizo cosquillas en la frente.

—¿En la frente?

—Sí: mira.

Y cogiendo el sombrero de jipijapa, enseñó a Javiera un agujero redondo que tenía en la copa, encima de la escalera. La joven dió un grito, y un escalofrío extraño la hizo estremecer violentamente.

—Esta es fruta del país! dijo él riéndose.

—¿Qué horror! exclamó ella; la muerte te estuvo rondando.

—Y entre tanto, añadió el voluntario con graciosa intención, la vida te rondaba: ya ves que salías mejor librada que yo.

—Si hubiera sospechado que con mi franca confesión iba a despertar en tí los celos no te hubiera abierto el libro de mi pecho.

—Hubieras hecho mal, Javiera, porque la confianza es la seguridad del amor. Lo que te digo es una broma sin consecuencias; no conoces a la gente de mi tierra.

—El amor es desconfiado, Víctor, pero no creo que tengas derecho para dudar de la mujer que tanto te quiere y que...

Una exclamación cortó la palabra a Javiera, que se puso pálida al notar que un hombre se había presentado delante de la reja, manifestando su sorpresa al ver a Víctor; éste volvió la cara, y al divisar al rondador de la casa, porque era él, se puso en pie de un salto; pero la joven le sujetó fuertemente por el brazo para impedir que saliera a la calle.

—¡Es él! dijo Víctor con cólera.

—Sí; pero se ha ido al verte; y creo que no volverá. Siéntate.

—¡Ay de él si vuelve! exclamó el voluntario acariciando el cubo de su bayoneta.

(Continuará.)

JUAN SIN-TIERRA.

## SARTENAZOS.

El *Diario de la Marina* ha publicado una carta del señor ministro de Ultramar, copiándola de un periódico de Ságua. Pero es el caso que esa carta vio la luz por primera vez en las columnas de JUAN PALOMO, y de JUAN PALOMO la tomó el periódico de Ságua.

Con que, figúrese usted si el *Diario* ha hecho flojo viaje para buscar lo que ha tenido a las puertas de casa! ¿Qué cuocos somos!

Así, a primera vista, parece que la causa de este *quid pro quo* consiste en que el *Diario de la Marina* no lee a JUAN PALOMO; pero aquí viene bien el dicho de aquel gallego:

—Aunque parezca que durmo, non durmo.

Un valiente más ha sucumbido en el campo del honor. Un dominicano leal a su patria adoptiva ha muerto defendiendo la bandera de España, a la que se acogió voluntariamente.

El capitán don Cristóbal Alfau y Mendoza, muerto por los insurrectos en una emboscada, nació en el pueblo de San José de Ocoa, isla de Santo Domingo, el 2 de Julio de 1843. En 1856 pasó a Francia, donde siguió sus estudios hasta 1865, que regresó a Santo Domingo, isla española entonces, incorporándose al batallón de Bailen como cadete.

Allí se batió contra los insurrectos de aquel país, distinguiéndose en las acciones de Sabana de Puerto Rico y Río Jaina.

Cuando nuestras tropas abandonaron la Isla, quiso seguir siendo hijo de España, y pasó a la Península, después de estar un corto tiempo en la Habana. Allí obtuvo el empleo de alférez y fué ayundante de su padre, el general don Felipe Alfau.

Antes de estallar la insurrección de Yara vino a esta Isla y fué agregado al Regimiento de España.

Notables han sido sus servicios en la campaña hasta que ha pagado su arrojo con la muerte.

Sus compañeros de armas le lloran, porque Alfau era para todos igualmente querido.

¡Descanse en paz el valiente!

—Teníamos preparados para este número la semblanza y retrato del prodigioso niño Romeo Dionesi, ese maravilloso artista de cinco años que ha sido la admiración de Europa y América, y que ha sido llamado el *niño gigante* por un inspirado poeta; pero la abundancia de materiales nos ha obligado a retirarlas entre otros trabajos que tampoco hemos podido insertar.

Lo haremos en el número próximo, y nada se habrá perdido.

Con gran disgusto se ha recibido en los círculos de la Habana la noticia de haber sido declarado cesante el Ordenador Central de Pagos, don Manuel de Pereda y Amorin.

Únicamente en el trastorno que trae consigo un cambio de política se comprende que un Gobierno—y sobre todo, un Gobierno que se precia de justo como el actual—pueda decretar la separación de un funcionario tan probo, inteligente activo, y cuyos recomendables antecedentes conoce toda la Isla.

Creemos que pasados los primeros momentos, el Gobierno reparará el daño que se ha hecho a sí mismo, privándose de los servicios de tan digno empleado.

Segun comunicación que nos ha remitido el Director de la Sociedad de Beneficencia de naturales de Galicia, la junta directiva, a propuesta de su tesorero el señor Barbon, ha votado el acuerdo siguiente, que nos complacemos en publicar: —“En atención a que han reservado su nombre los dos generosos gallegos que costearon y regalaron el cuadro que contiene el retrato del distinguido marino don Casto Mendez Nuñez, colocado hoy en el Salón de Sesiones del Casino Español, en que celebra también las suyas nuestra sociedad, se acuerda se dé a los donantes un expresivo voto de gracias.”

El incógnito amigo B. D. nos ha remitido el geroglífico *re-trechero* que hoy insertamos.

Dice su autor que es para tomar la revancha de aquel dichoso *retrucano* que nadie acertó.

Creemos que B. D. conseguirá su objeto, pues para descifrar este geroglífico se necesita saber más que Lepe, Lepijo y su hijo.

Nuestro amigo Pepe Triay marcha al Calvario a paso redoblado.

Además de la cruz del matrimonio, viene a hacerlo feliz la de comendador de Isabel la Católica.

No sabemos cuál de las dos le abrirá con mejor garbo las puertas del Paraíso.

Hablemos algo de teatros:

Poco diremos de lo que pasa en Tacon, donde se cultiva el mal gusto, poniéndose en escena obras como *El perro del Castillo* y *La pata de Cabra*.

Si los apreciables empresarios nos dicen que son los únicos capaces de llevar concurrencia al teatro, les contestaremos que tienen razón; y añadiremos que lo sentimos por ellos y por el público.

Lo que sucede en Albisu es original, increíble, tremendo. Se representan obras españolas, y no se habla en castellano.

Digo esto, porque yo, que de español me precio, no puedo comprender a los actores de Albisu, ni creo que haya público que diga lo contrario.

Allá se las hayan.

En medio de mis lamentaciones por la decadencia a que ha venido entre nosotros el espectáculo nacional, una dulce esperanza viene a sonreírme y a ahuyentar mi pena.

Esperanza que se verá cumplida dentro de poco, por la venida de Pepe Valero, Mario, Benetti, Reig, la inspirada Salvadora Cairon y la inolvidable cuanto salerosa Carolina Fernandez.

Este conjunto de artistas excelentes nos darán buenas funciones que nos hagan olvidar los actuales malos ratos.

Además de la compañía dramática de Albisu, tendremos en Tacon la lírica que nos trae Tamberlick.

Los lectores de JUAN PALOMO conocen ya el elenco, que es en extremo significativo, y no añadiré una sola palabra a lo expresado en él.

Nos espera un invierno delicioso, y ocasión sobrada para que tengan interés las cartas teatrales, que tanto gustan a los lectores de este semanario.



Persona bien informado ha comunicado á un periódico catalán, el plan que ha concebido el talento precoz y privilegiado de don Alfouso para recobrar de un golpe los derechos á la corona que la Revolución de Setiembre le ha escamoteado.

El plan consiste en lo siguiente: Vendrá de incógnito el ilustre príncipe á tierra española.

Frecuentará por algunos días (siempre de incógnito) el barrio de Lavapiés de Madrid, siguiendo añejas tradiciones de familia.

Trabadas las convenientes relaciones con la gente baja, se anunciará con permiso de la autoridad y con grandes cartelones que tendrá lugar en la plaza de toros de Madrid, para tal día, una gran corrida.

Asistirán á ella por de contado todas las personas más importantes y adictas al antiguo régimen.

Se soltará el primer toro, y en traje sandunguero se presentará nuestro héroe á sortearlo: lo matará luego de una primera, arremetiéndolo, y... entusiasmado el público aplaudirá frenéticamente. La *claque* y la clase pedirá entonces á voz en cuello *¡que se lo den!* y arrojando súbitamente la muleta el fingido maestro, aparecerá á los ojos de su querido pueblo tal como lo ha criado la naturaleza y el coronel O'Ryan.

Vitores, aplausos, marcha real, *Te Deum*, hundimiento de parte de las graderías, besos, abrazos, felicitaciones á papá y mamá; regocijo general y amnistía completa.... *Tableau*. Un globo elevándose por los aires con dirección á la mar!

No podrán negar nuestros lectores que el mozo promete si realmente es suyo ese pensamiento.

Por lo atrevido nos gusta y no lo consideramos imposible de realización; falta solamente añadir á ese programa la muleta aquella de "Si el tiempo lo permite." Por lo demás, *está bueno*.

Ate usted cabos.

El ministro del Interior en Francia se ha visto obligado á prohibir formalmente la venta en los kioscos de París del *Americano*, el periódico aquel filibustero que dirige el ciudadano Varela.

Y cuenta que esto no lo dice JUAN PALOMO, sino el mismo *Americano*.

Digo, si será liberal el *Americano*?

Los españoles le niegan su colaboración, los hispano-americanos lo miran con malos ojos y los franceses prohíben su venta.

Pero, señor, dónde tiene acogida ese periódico?

Vamos, ya caigo: en la manigua y en la Junta Cubana.

¿Lo ven ustedes?

En cambio de esa proscripción, y para consolarse de desaire, dice don Héctor que los norte-americanos le invitaron al banquete celebrado con motivo de la Independencia de los Estados Unidos.

Allí habló hasta por los codos el director del *Americano*. De modo que si no se consuela es porque no quiere. Y se consolará, no lo duden ustedes.

En Barcelona acaba de recibir el grado de bachiller en artes, después de unos brillantes exámenes, la señorita doña María Elena Maseras y Rivera, siendo, según dice un colega de aquella ciudad, la primera que en España ha obtenido dicho grado. Se propone cursar la carrera de medicina.

Suponemos que si esta señorita tiene algún adorador, estará siempre enfermo ó lo parecerá.

Lo que no creemos justo es el asegurar que ésta sea la primera *bachillera* de este país.

Ateme usted esa mosca por el rabo.

En una revista que desde Méjico dirige al periódico filibustero de Nueva York *La América* un don Andrés Clemente Vazquez, filibustero por los cuatro costados, dice:

"Han causado aquí *mal efecto* las cartas que Mr. Bryant dirigió al *Evening Post* sobre lo que había visto en su viaje á la república mejicana. Bryant fué tratado en Méjico con todo el género de distinciones, y no ha procedido bien al hablar de este país con cierta ligereza que le ha hecho incurrir en algunas *inexactitudes*."

Y cuatro renglones más abajo agrega:

"No estábamos bien informados en Méjico acerca de los conceptos de las cartas de Bryant. El mismo *Diario* ha publicado ya la cuarta y quinta de dichas cartas, y si bien no puede decirse que es exacto todo lo que en ellas se manifiesta, hay que convenir en que *su autor no ha injuriado á los mejicanos*, como en los primeros momentos llegamos á creer."

Cualquiera que tuviera dos dedos de frente, y aún uno y medio, habría suprimido el primer párrafo y se excusaba de escribir el segundo; pero está visto que para hacer y decir tonterías sólo ganan á un filibustero, dos filibusteros.

Es mucho hombreito don Andrés Clemente Vazquez.

El Dr. D. Vicente Luis Ferrer ha tenido la galantería de enviarnos un ejemplar del segundo número de *El Propagador de la Vacuna*, que lo dedica á todas las madres.

Es un periódico curioso é interesante, cuyo interés se encierra en esta frase: "Guerra á las viruelas."

Madres de familia: no echéis en saco roto la noticia.

#### SOLUCION AL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

*El hombre es fuego,  
la mujer estopa.  
viene el diablo y sopla.*

¿Qué fácil eh, caballeros?

Por eso lo han acertado tantos señores.

Ahí vá la lista:—Ramon Presilla, Solitario, B. D., Pepe Pancho, Inocencia Orell [mi carita está ya bastante deteriorada; y la de usted?], Consuelo Arias, Juan el de Marras, Alfredo Vera, Socorro Pedroso, Juan Rebus, N. Beguichi-qui [Sagua], Manuel Marrero [idem], Víctor Iturriburri... etcétera, Carlos Manuel Soleta, Carlos Chapa, Argonáuta del Vellochino [Sagua], Pio Brito, Un suscriptor [Cienfuegos], Veinticinco pesos [Sagua], El Sacristan (Lagunillas), Un suscriptor de Trinidad, Pujol el de marras, Juan Chorreras, y además "La trocha de Cienfuegos," como se titula una sociedad de amigos que se ha formado en dicho punto para descifrar mis geroglíficos y charadas. Después de enviarme la solución, me dice en verso:

Si acerté el geroglífico,  
dímelo pronto,  
sin cumplidos, sin guasas  
y sin piropos....  
Tú eres muy listo;  
mas yo he de acertar todos  
tus geroglíficos.

LA TROCHA DE CIENFUEGOS.

El pianista P.... perdió una pierna en un accidente del ferro-carril.

Indemnizáronle con una cantidad de doce mil duros, que sirvieron de dote á su hija mayor.

Tenia otra, una niña de ocho años, la cual le dijo un día con mucha seriedad:

—¿No es verdad, papá, que cuando yo sea mayor te dejarás romper otra pierna para mi dote?

Idolatrados hijos!

—¿A quién de ustedes le voy á romper una costilla? exclamaba un cesante hidrófobo, metiéndose en un corro de empleados de nuevo cuño.

—A mí, responde adelantándose resuelto un recién casado.

El cesante enarbola su bastón.

—¿Cuál de ellas?

—¿Hombre, la que tengo en mi casa!

JUAN PALOMO inaugura hoy una nueva sección dedicada (con el permiso de ustedes) al bello sexo.

Se titula *Galería de Señoras*..... particulares, y en ella aparecerán retratadas las hijas de Eva con sus ventajas y sus inconvenientes.

Rompe la marcha un precioso artículo que nos ha remitido Eusebio Blasco, titulado *La Postiza*.

Del mismo autor tenemos *La madre de la actriz*, y seguirán publicándose los siguientes tipos:

*La que tiene el novio en la manigua.*

*La que no lo tiene en ninguna parte.*

*La suripanta.*

*La que se figura que es elegante.*

*La que usa polison.*

*La que no lo usa.*

*La que se dá golpes de pecho.*

*La que tiene dos castañas.*

Y otra porción de señoritas que darán golpe.

Con que, mucho ojo, Tenorios de esquina!

#### GEROGLIFICO-RE...TRECHERO.

MI A Y Y Cy ANTA SAR

Cuanto + D Y—N KIRA CERA lar

+ + + EE D

NO cal KEE mezclados rojo N :TA  
azul A

(La solución en el número próximo.)

#### PRECIOS DE SUSCRICION A "JUAN PALOMO."

Pago anticipado por...	Mes.	Trimestre	Semestre.	Año.
En la Habana .....	\$1	2	75	5 25 10
En el interior .....	"	3	75	7 " 12 75
En España y Puerto-Rico	"	4	"	7 50 14
En los Estados Unidos &	"	4	25	8 " 15 "

#### ADVERTENCIAS IMPORTANTES.

JUAN PALOMO se ha propuesto ser el periódico más rumboso de cuantos se publiquen en el mundo civilizado y en el por civilizar.

Además de los regalos que ha repartido á principios del presente año, recordarán nuestros lectores que hemos ofrecido á fin de cada trimestre una lámina en negro ó un folleto de actualidad. Habíamos optado por el primero, pero como JUAN PALOMO quiere cumplir más de lo que ofrece, ha determinado dar, en lugar de la lámina en negro, una magnífica lámina cromolitográfica á ocho colores, que recibirán, como prima de semestre, dentro de un mes próximamente, pues como es un trabajo que tiene que hacerse en ocho planchas distintas, aunque hace dos meses que se empezó, no estará terminada hasta entónces.

Esta preciosa obra, que se titula:

#### CUBA ESPAÑOLA.

se está trabajando en la acreditada litografía de los señores García y Aranz, cuya celebridad es notoria para esta clase de obras.

Tendrán derecho á este regalo todos los actuales suscriptores, paguen por meses ó por años, así como los nuevos, pero con algun pequeño sacrificio, no por nosotros, sino porque no digan los antiguos que si fué, que si vino: se reduce á que han de hacer la suscripción lo menos por tres meses y á partir desde 1º de Julio próximo pasado. Si alguno hay tan rumboso que quisiera hacer el desembolso por mayor cantidad, en ese caso tendrá derecho, no solo á esa prima, sino también á las consignadas en el estado que va al pie. Queremos probarle que sabemos echar la casa por la ventana cuando se trata de obsequiar al que favorece á JUAN PALOMO.

Regalos para los que nuevamente se suscriban desde 1º Julio 1872.

1º Un *Album* cómico, político y literario de 1872, con infinidad de caricaturas y redactado por los más notables escritores de Cuba y la Península, á los que se suscriban á pagar por meses.

2º El citado *Album* y la lámina *Cuba Española* representando la unión de España y Cuba, cromolitografiada expresamente para este objeto, á los que se suscriban por trimestre.

3º Los dos regalos anteriores y el tomo de la *FORESTA HISPANO AMERICANA* [primorosa colección de dibujos] correspondiente á 1869, á los que satisfagan el importe de un semestre.

4º Todos los regalos anteriores, mas los números de JUAN PALOMO publicados en el primer semestre de este año [con lo cual completarán el tomo que está en publicación], á los que adelante el importe de un año.

#### TOMOS 1º y 2º de JUAN PALOMO.

En nuestra administración de hallan de venta algunos ejemplares de los tomos 1º y 2º, que reimprimiendo algunos números, se han podido reunir de la colección de JUAN PALOMO correspondiente á los años 1870 y 1871. Comprende cada uno más de 600 artículos y poesías, sobre 200 interesantes correspondencias, cuatro novelas magníficas tituladas *La Ninfa del Canagüí*, *La Sangre y la Tradición*, *La partida de la muerte*, *Las dos barajas* y un millón de sartenazos, adornado con profusión de caricaturas sobre todos los sucesos de actualidad en América y Europa por el popular LANDALUZ y mas de cien retratos de defensores de la integridad nacional. Es el mejor regalo que puede hacerse á los que, habiendo vivido en Cuba, se hallan hoy ausentes de ella por razón de intereses ó de familia.

Se vende cada uno de estos tomos á \$8 y tomando los dos \$14, siendo de cuenta de esta Empresa el franqueo de correos al interior, España ó Puerto-Rico. Del año actual de JUAN PALOMO, que comprende el tercer tomo, quedan tambien algunos números para servir cualquier pedido que se nos haga á los precios corrientes y con derecho á los regalos que se expresan en el anuncio que publicamos mas arriba.

#### A LOS SUSCRITORES MOROSOS.

Se suplica encarecidamente á los señores agentes y suscriptores del interior que se hallan atrasados en el pago de sus abonos, se sirvan satisfacerlos á la mayor brevedad, si no quieren perder su derecho á la magnífica lámina *CUBA ESPAÑOLA* que se va á repartir á todos los suscritores.

A propósito de morosos: hay en Remedios un librero, impresor ó cosa así, que nos está debiendo un pico, sin duda por olvido: se llama el librero, impresor, ó cosa así, D. Antonio María Cirera, á quien por mas que le hemos recordado repetidas veces la deuda, siempre dá la llamada por repuesta:

El será muy caballero,  
mas el dinero no viene.

Por supuesto que aquel otro vendedor de Matanzas, D. José Alú, no ha pagado todavía lo que debe, que no es moco de pavo, y lo peor es que parece no tiene con qué pagar.

¡Valientes corresponsales se usan por algunos puntos del interior! Muy pronto saldrá á luz la historia de todos ellos, contada por mi bolsillo.

No queremos concluir sin dar las más expresivas gracias á aquellos de nuestros amigos que con tanto entusiasmo como cordialidad han correspondido á nuestra última invitación. A tanta indulgencia sabremos corresponder como lo exigen la gratitud y nuestros propios intereses.—Hemos dicho

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria."